



Citation:

Navascués, J. de. “*In-
vención de la Nación
en Borges y Mare-
chal. Nacionalismo,
liberalismo y popu-
lismo*”, de Mariela
Blanco”. *Revista Le-
tral*, n.º 28, 2022, pp.
325-330.

Funding data: The
publication of this ar-
ticle has not received
any public or private
finance.

License: This con-
tent is under a Crea-
tive Commons
Attribution-NonCom-
mercial, 4.0, Un-
ported license.



Invención de la Nación en Borges y Ma- rechal. Nacionalismo, liberalismo y po- pulismo, de Mariela Blanco

Invención de la Nación en Borges y Marechal.
Nacionalismo, liberalismo y populismo *by Mariela Blanco*

Javier de Navascués

Universidad de Navarra

jnavascu@unav.es

ORCID: 0000 0003 2080 7349

[Mariela Blanco. *Invención de la Nación en Borges y Marechal. Nacionalismo, liberalismo y populismo*. Buenos Aires, Eduvim, 2020.]

Se ha venido comprendiendo el canon argentino del siglo XX en torno a dos polos, uno de los cuales tiene siempre a Borges como referente inexcusable. La línea antitética con Roberto Arlt es tal vez la más afortunada y prolongada en el tiempo, pero también se han propuesto emparejamientos con Cortázar, Girondo, Sábato, Mallea, etc. Cada uno de ellos refleja un posicionamiento en torno a la poética borgiana y su influjo en el sistema literario argentino. Al mismo tiempo el *partenaire* de turno ocupa un espacio privilegiado: solo desde su altura se puede sostener una alternativa que involucra una estética y/o una política determinadas. Desde las lecturas del grupo de *Contorno*, por ejemplo, Roberto Arlt expresaría en su día una opción diferente a la ingeniosidad fantástica y los experimentos metafísicos de Borges. Frente a la sofisticación del maestro, el autor de *Los siete locos* propondría un camino opuesto con su realismo sucio y su interés por la cultura popular. Por supuesto, estas oposiciones no son tan sencillas y han merecido nuevas relecturas que las

subvierten. Pero el mismo hecho de que sean cuestionables es un síntoma del interés que han suscitado entre la crítica.

En medio de estos debates, la figura de Leopoldo Marechal ha ido quedando al margen. No es exagerado decir que su puesto en el canon sigue resultando incómodo para ciertos sectores. Por razones ideológicas bien conocidas, su obra parecería algo excéntrica y difícil de conectar con su medio contemporáneo. Sin embargo, no debería ser así si atendemos a sus circunstancias biográficas: poeta en la primera línea del martinfierrismo y autor del testamento literario clave de su generación, Marechal escribió en las revistas más importantes, participó en polémicas y fue maestro de jóvenes escritores de los mágicos años sesenta. ¿Cómo no es posible entenderlo en relación con los nombres fundamentales del canon argentino, empezando por Borges? En los últimos años se ha venido trabajando en esta dirección, tal y como demuestran números monográficos de revistas, diversos coloquios en Argentina y Alemania, además de la presencia de mesas redondas y homenajes en otros foros internacionales. El reciente estudio de Mariela Blanco debe sumarse a este necesario trabajo de relectura.

El punto de partida elegido tiene que ver con los programas de los dos escritores en sus comienzos literarios. Inventar la nación mediante la palabra: este es el objetivo que propugnan Borges y Marechal en los años 20. Sin embargo, los senderos se van a bifurcar bien pronto, sobre todo a partir del distanciamiento de uno y otro con respecto a la fundación de la revista *Libra* en 1929. Borges se quejará del nacionalismo excesivo de sus dos compañeros de ruta (Bernárdez y Marechal) en la publicación que debería suceder a la extinta *Martín Fierro*. La separación se va a ir haciendo más clara, ya desde la década del treinta con los cambios políticos que repercuten en la formación del campo literario argentino.

El estudio realiza un preciso seguimiento de la evolución programática de Borges y Marechal mediante una estructura bímembre en la que se deslindan de forma coherente afinidades y diferencias. En la primera parte, la autora presenta el criollismo borgiano como un proyecto no homogeneizador a la manera de sus predecesores (Rojas, Lugones, Gálvez). Por el contrario, la nación de Borges es una construcción personal basada en ciertos procedimientos bien conocidos: conflicto entre la luz y la sombra, elección de la hora del atardecer, importancia de la mirada desrealizadora, idealismo filosófico, etc. Blanco pone en juego categorías asumidas por la crítica y las relaciona sugerentemente con la definición de “Imagined Community” de Benedict Anderson. La analogía puede parecer demasiado audaz, ya que Anderson establece el concepto desde el imaginario colectivo y aquí estamos interesándonos por una invención individual. Sin embargo, la poesía juvenil de Borges, en realidad, está aceptando el

consenso de la imaginación colectiva (esto es, la existencia de una nación argentina) para después reinventarla desde su propia mirada. La desrealización nombra la patria de nuevo o, como señala Mariela Blanco, “la imaginación dota de espesor al espacio ya delimitado políticamente” (37). A mi modo de ver, esta imaginación no sería la misma que maneja Anderson, sino que opera en un segundo grado. La propia estudiosa pone de relieve con claridad el empleo del término cuando más adelante subraya que la invención en Marechal y Borges es un “mecanismo del intelecto que permite componer imágenes” (48).

Tampoco Marechal prescinde del espacio político ya dado a la vez que genera una ensoñación personal. A pesar del tono satírico de *Adán Buenosayres*, se reconocen muchos guiños a la mitología criollista y borgiana, desde las caminatas por los arrabales a la predilección por los espacios fronterizos de campo y ciudad (66-70). El humorismo de Marechal, que combina la burla y el homenaje, explica la fundamental ambigüedad en la que se mueven tantas referencias intertextuales de la novela. Por la misma razón, el “fantasma” martinfierrista reaparece en otros lugares, tales como las reflexiones acerca de la búsqueda de una lengua nueva que acoja a la nueva patria de inmigrantes que se está gestando. Esa búsqueda de una mitología urbana, núcleo originario de *Adán Buenosayres*, converge con las inquisiciones del primer Borges. En definitiva, la primacía de la imaginación individual para constituir un lenguaje literario que signifique a la nación es un proyecto interesa a ambos escritores. Ahí el Marechal de 1948 y el Borges de los años 20 ingresan por la misma puerta.

Ahora bien, si la patria juvenil de ambos poetas guarda muchas analogías, la invención marechaliana se realiza desde la reescritura de una infancia ideal y personal, no a partir de un brumoso porvenir, como en el caso de Borges. No será este el único punto singularizador. Cuando los dos escritores elijan la novela o el cuento en las décadas siguientes, emprenderán un camino divergente. Es lo que se propone de forma impecable al final del estudio cuando se confrontan las indeterminaciones nacionales de los cuentos borgianos (179-193) con el mito de una Edad de Oro argentina en Marechal (203-213).

En efecto, la segunda parte del libro se centra en ir delineando estas y otras diferencias a partir de la llamada a escena del Borges de los años treinta y cuarenta, un autor que ya se aleja de su nacionalismo de juventud. Así, en el capítulo “Paradigmas en tensión” Mariela Blanco utiliza el concepto de “alegoría secularizada”, tomado de Paul de Man, así como la “diferencia temporal” que el teórico belga encuentra para distinguir este procedimiento del símbolo. El distanciamiento con respecto al referente (o el color local de este) distingue al Borges de *Ficciones*, generando relaciones significativas con ideas abstractas,

principios u utopías literarias (tal el caso de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”). De nuevo Blanco, a mi modo de ver, utiliza de forma conscientemente libre su bagaje teórico. Ciertamente Borges abominaba de la alegoría, pero “su aversión contra la alegoría es alegórica en si misma [sic]” (89), ya que insiste en eliminar o difuminar toda referencia a una sociedad concreta. Marechal, a diferencia de Borges, manifiesta una decidida vocación de anudar el signo con la comunidad imaginada. Mediante una arquitectura simbólica muy definida, las novelas de Marechal trabajan con un sentido literal y otro alegórico en donde lo no dicho tiene que ver con el ámbito político (la nación como problema; la violencia social; el proyecto de gobierno, etc.). Ahora bien, Marechal no aísla su proceso alegorizador en una serie de significados esenciales e inmutables para referirse a la nación, sino que esta se manifiesta como objeto en transformación, organismo expuesto a un constante devenir (105-106). De ahí que no haya que reducir su *Adán Buenosayres* a lecturas neomedievales, sino que esta novela propone una original lectura de la modernidad, como Hammerschmidt ha puesto de relieve recientemente.

El texto va y vuelve en torno a los procedimientos y los debates ideológicos en los que se internan los dos autores. Así, por ejemplo, volviendo a Borges, se desgranán las claves alegóricas en relatos como “La muerte y la brújula” o en los escritos al alimón con Bioy Casares. Un proceso análogo se observa en el Marechal que desrealiza sus espacios en *El Banquete de Severo Arcángelo* aunque, más allá de las transformaciones, es posible reconocer esclarecedoras alusiones a su contexto histórico y político. Los indicios formales revelan preferencias ideológicas. Mariela Blanco detecta agudamente que detrás de las referencias ocultas en las narraciones o de ciertos ensayos fundantes subyace una serie de tensiones fundamentales que oponen a Borges y Marechal: el individuo frente al Estado o la tradición universal frente a la nacional. Borges reniega del intervencionismo del Estado en cuestiones que atañen a la libertad del individuo, así como valora la apertura a una multitud de tradiciones con independencia de su procedencia nacional. Marechal, por su parte, defiende la armonización del Estado y la persona, que sería un concepto superior al de individuo. El individuo en Marechal se transforma en la categoría de persona, es decir, en sujeto libre y responsable que se realiza en interacción con la sociedad. Esta, además, no es la masa ciega y amenazante que percibe Borges, sino una comunidad organizada, por utilizar un término ajustado al discurso peronista.

En otras palabras: Borges defiende posturas liberales y universalistas mientras que Marechal se adscribe al nacionalismo populista y tiene una concepción espiritualista de la cultura. Estas ideas reproducen la piedra angular sobre la que se basa el estudio comparativo de los dos escritores.

Las distancias se intensifican más aún si cabe en el penúltimo capítulo, “El pueblo como protagonista en las novelas de Marechal”, un aspecto ausente en Borges. En *Adán Buenosayres* se percibe una insistente búsqueda de la armonía social en medio del caos inmigratorio. Esto lo vuelve a diferenciar del propio Borges juvenil que se refugia en espacios íntimos de los arrabales (159-160). Además, la lectura de la obra maestra de Marechal en clave peronista revisa las huellas en dos secuencias del Viaje a la Oscura Ciudad de Cacodelphia. El análisis aquí es finamente intuitivo y saca a la luz una “estilización del discurso peronista” de forma especialmente brillante. No obstante, al tratar solo con episodios muy concretos, creo que sigue sin poderse poner al mismo nivel la huella del populismo en la primera novela con respecto a *Megafón, o la guerra* e incluso *El banquete de Severo Arcángelo*. La misma continuidad de preocupaciones de las tres novelas, ya señalada en su día por Coulson, permite comprender que las referencias políticas vayan intensificándose, aunque estén levemente representadas en la primera de ellas. Muy en particular, *Megafón, o la guerra* expondría las inquietudes en torno a la identidad de la nación, esta vez asumida sobre todo por el concepto más dinámico de patria y mas vinculable al de pueblo. Desde una lectura deudora de Laclau, se establece que la última novela marechaliana propone la toma de conciencia de una *plebs* que aspira a ser *populus* legítimo y hegemónico.

El populismo se ha explicado más de una vez como un relato político que funciona con su propia lógica discursiva. Borges y Bioy Casares intuyeron la trama narrativa de la retórica peronista al deconstruirla en “La fiesta del Monstruo”. De ahí que una de las principales cualidades del libro resida en cómo se han incorporado textos narrativos al análisis, además de aquellos otros que hubieran sido más cómodos en apariencia, es decir, los propiamente ensayísticos. Mariela Blanco elige un camino mucho más sugerente que la simple ilustración de ideas e integra poesía y relato, desvelando significados, iluminando pasajes y escenarios. Su lectura escrupulosa descifra claves que hasta ahora han sido poco o nada atendidas hasta ahora. Al mismo tiempo, aunque su estudio privilegia el análisis textual, también se apoya en una serie de apuntes contextuales fundamentales para comprender el campo literario en el que se desenvuelven sus protagonistas. Se sabe del famoso despido de Borges, pero muy poco, por ejemplo, de la persecución contra Marechal desde la SADE. También son de interés las tensiones derivadas del final de la revista *Martín Fierro* o del experimento fallido de *Libra*. Estos episodios señalan, además, otra cualidad no menor de *Invencción de la Nación en Borges y Marechal*, a saber, el permanente diálogo con los hallazgos y reflexiones de la crítica más valiosa.

El análisis es muy denso y justamente por ello menciona casi de pasada muchas vías que son susceptibles de desarrollarse

en el futuro. Destacaré algunas: el hispanismo de Marechal, por ejemplo, constituye una apertura a una determinada tradición que Borges descarta. Ahora bien, cabe pensar si no es una estación de tránsito, una etapa intermedia que dura el tiempo que Marechal está bajo el influjo de los Cursos de Cultura Católica. Es notable también que el último Marechal abandone en los años sesenta el clasicismo poético mientras Borges recupera el soneto y el endecasílabo blanco. Otra opción fundamental que la propia autora sugiere en las páginas finales es el rastreo de la cadena de escritores que derivan de las oposiciones planteadas entre Borges y Marechal. Por último, es inevitable pensar en otros cauces de comparación no directamente implicados en la lectura política: el humorismo, la religiosidad, el empleo común de ciertas imágenes (el laberinto, sin ir más lejos), el contraste entre una estética del monumentalismo y otra del fragmento, etc.

El método comparativo se sostiene por un esfuerzo de equilibrio intelectual que resulta muy de agradecer en los tiempos que corren. Solo desde el rigor y la seriedad con que se abordan los textos se va hilvanando la constelación ideológica de dos autores “fuertes” del canon que han sido numerosas veces vistos como antitéticos. Este libro los pone a dialogar y el resultado demuestra lo fecundo de la decisión tomada desde el principio.